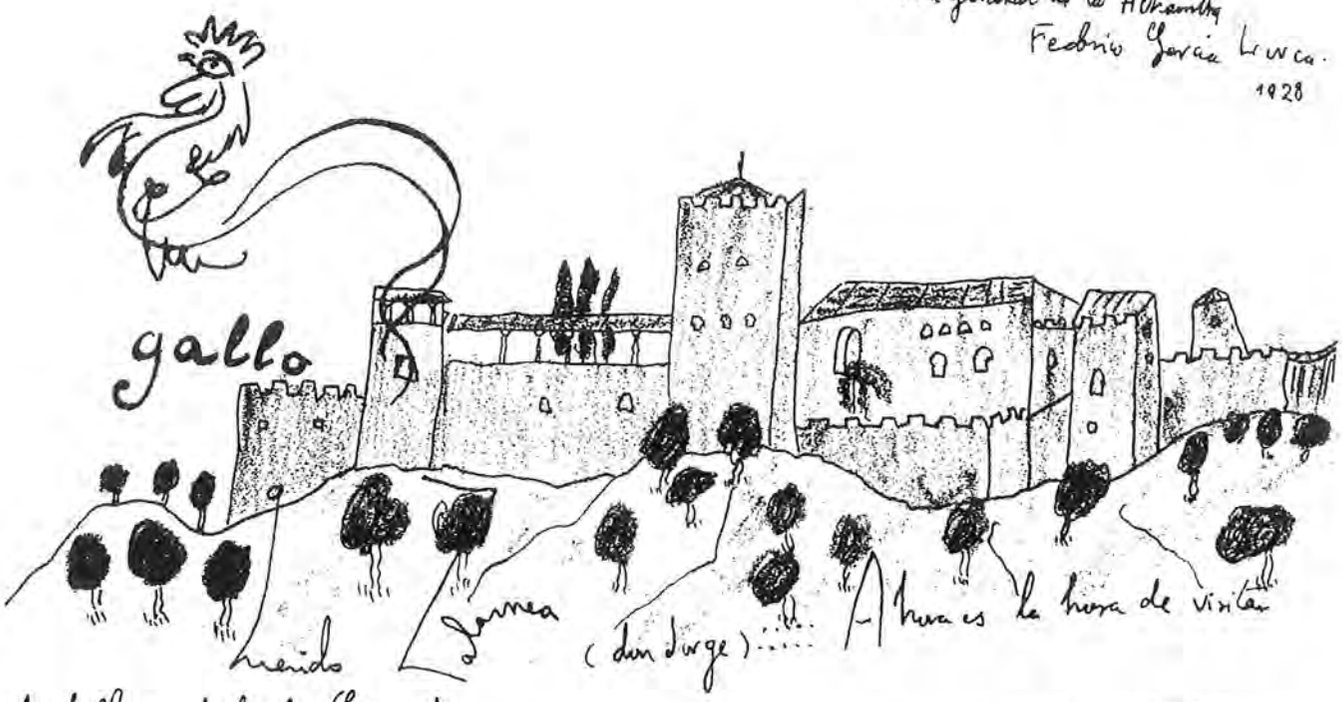

Vista general de la Alhambra
Federico García Lorca.
1928

Querido Jarnés (don Jorge)..... Ahora es la hora de visitar la bella ciudad de Granada.
Todo el día ha llovido y ha chapoteado la lluvia en maices y cristales. El Otoño ha llegado. Ya la población está animadísima. La Universidad abre sus puertos. La Alhambra y los jardines están en su justo punto poético. Dentro de cuatro días comenzarán a dolorarse las hojas.
¿Tú en serio pensabas venir? ¿O fué pura broma y deseo de este viaje? Hasta hoy yo no te había dicho que vinieras porque el verano es la peor hora de esta ciudad. Si pensabas venir, puedes contemplar ya esta maravilla. Dicen que el invierno es mi mejor vestido.
Granada es la ciudad más económica de Andalucía. Se puede vivir en ella relativamente por poco dinero. ¿Qué te parece?
Contesta. Contéstame.

Adiós. Un abrazo muy cariñoso de tu mejor
Federico

Cartas de García Lorca *

Continúa la edición de las *Obras* de Federico García Lorca, que publica Alianza Editorial bajo la dirección de Mario Hernández. El presente volumen hace el número 9 de la serie y corresponde al primero de los dos dedicados al epistolario del poeta, con introducción, edición y notas a cargo de Christopher Maurer, profesor de la Universidad de Pennsylvania.

El libro contiene 110 cartas (se anuncian 277, supongo que aparecerán en el próximo volumen) que fueron escritas entre los años 1918 y 1926 y dirigidas a diversas personas allegadas al poeta. Entre los destinatarios destacan Manuel de Falla, Jorge Guillén y Juan Ramón Jiménez, aunque, indudablemente, las cartas más interesantes, tanto desde un punto de vista literario como personal, son el conjunto de las dirigidas a Melchor Fernández Almagro. En su breve introducción, Maurer explica la labor realizada para esta edición: ordenación cronológica, cotejo de las cartas ya anteriormente publicadas (la inmensa mayoría) con fotocopias de los originales siempre que fue posible —lo cual le llevó a corregir un centenar de erratas y errores de transcripción—, así como noticia de fechas, nombres y sucesos en notas situadas al final de cada carta. La aportación más valiosa corresponde probablemente a la fijación textual y temporal del epistolario del que Maurer ofrece, según sus propias palabras, «textos fieles y no críticos». La corrección de las faltas de ortografía del poeta y de la puntuación son también obra del autor de la edición, aun cuando este último aspecto, siempre discutible y resbaladizo, no pueda ser juzgado al no figuar el texto original de Lorca. La recopilación procede fundamentalmente de los epistolarios publicados por Antonio Gallego Morell (García Lorca: *Cartas, postales, poemas y dibujos,* Madrid, 1968) y Jorge Guillén *(Federico en persona. Semblanzas y epistolario,* Buenos Aires, 1959), así como de algunos otros libros y artículos. Las cartas inéditas son de escaso interés y realmente aportan muy poco a la colección. En particular, las seis cargas «rigurosamente inéditas» dirigidas a Manuel de Falla son decepcionantes: la primera es un brevísimo telefonema; las otras dos, tarjetas postales sin mayor relieve, y las tres restantes, sencillamente no figuran en el libro. En éste se anuncian al menos 21 cartas a Falla y sólo aparecen 15. La única explicación es que lo hagan en el segundo volumen, pero, de ser así, ¿por qué Maurer hace referencia a ellas en este volumen, dentro de su apartado «Procedencia de las cartas»? No parece muy apropiado. Las notas, muchas de ellas tomadas de las ediciones de Gallego Morell, son un tanto irregulares, pues unas veces nos aclaran nombres, situaciones y alusiones que Lorca vierte en sus cartas, y otras pasa de largo y nada o poco dice sobre ellas. Otro defecto

* F. GARCÍA LORCA: *Epistolario.* Alianza Editorial, Madrid, 1983, 198 págs.

de la edición, éste fácilmente corregible en ediciones posteriores, es que carece de índice de nombres, cosa absolutamente necesaria en una publicación de esta clase que pretenda ser mínimamente seria.

En cuanto al contenido de las cartas en sí mismo es, como puede comprenderse, muy variado. Algunas de ellas son por completo irrelevantes y es obvio que sólo la firma de Lorca las ha salvado del justo olvido en que yacían. Otras, por el contrario, son sugestivas, reveladoras y hermosas. A través de la lectura de las mejores de entre ellas —la número 1, a Adriano del Valle las números 1 y 2, al musicólogo Adolfo Salazar (muy pobres, por cierto, e inexistentes las notas de Maurer sobre las numerosas referencias de Lorca a la música); las números 14, 17, 20, 28 y 33, a Melchor Fernández Almagro; las números 1 y 4, a Ana María Dalí; la número 6, a Regino Sainz de la Maza; la número 3, a su hermano, Francisco; la número 10, a Jorge Guillén— percibimos un Lorca vivo, soñador, melancólico, optimista, creador, místico, dubitativo, narcisista y solitario, pero, sobre todo, un Lorca poeta, que rezuma sensibilidad; sensibilidad auditiva, cromática, sensibilidad para lo que no se ve, pero que es capaz de edificar en palabras que muchas veces adquieren ese tinte mágico que ha hecho de Federico García Lorca uno de los grandes poetas de este siglo.

El escritor se consideraba a sí mismo, a la edad de veinte años, como un joven romántico y apasionado, introvertido y ansioso de comunicación. Así, habla de «nosotros, los románticos» y afirma: «... yo soy demasiado apasionado» (carta a María del Reposo Urquía). Ese mismo año, 1918, le confiesa a Adriano del Valle: «... soy un pobre muchacho pasionado y silencioso», y en la misma carta, primera al mismo poeta, insiste en el tema: «... yo soy un gran romántico, no sé si adivinará usted cómo soy de sincero, de apasionado». Pero no sólo nos habla en las cargas de esos años de languideces y refinadas sensibilidades de adolescente. Hay declaraciones tan tajantes como «odio con toda el alma el militarismo» (carta número 1, a Adriano del Valle); y de terrible diatriba contra la Guardia Civil puede calificarse la carta a su hermano, de 1926 (número 3). Ataques a la sociedad granadina, proyectos ilusionados con Manuel de Falla (*Lola la comedianta),* el nacimiento del *Romancero gitano,* las dificultades para escribir y estrenar *Mariana Pineda,* opiniones sobre música, poesía, paisajes y gentes, todas las inquietudes humanas y artísticas del escritor en esos años se nos van mostrando en este epistolario, unas veces con recato, otras con audacia. Lorca pasa de la alegría a la tristeza ofreciéndonos la imagen contradictoria de un carácter inestable, pero siempre de extraordinario atractivo. Puede parecer infantil a veces, grave otras, aunque jamás deja de ser él mismo. Tal vez en ninguna de estas cartas se refleje claramente algún problema íntimo —algún destello si hay—, tal vez nunca las escribió, pero, en cualquier caso, confirman la imagen del Lorca tocado de duende, admirado, mimado, pero lleno en su fondo de soledad y de inquietud. Muchos fragmentos de este epistolario podrían formar parte de un poema porque son poesía. Basten estos ejemplos: «Mis manos están llenas de besos muertos (manzanas de nieve con el surco tembloroso de los labios)» (carta número 6, a Regino Sainz de la Maza), o este «endecasílabo» «el alto sueño del amor perfecto» (carta número 28, a Melchor Fernández Almagro), o «El horizonte sube construido como un gran acueducto. Los peces de plata salen a tomar la luna y tú te mojarás las trenzas en el agua cuando va

y viene el canto tartamudo de las canoas de gasolina. Cuando todos estéis en la puerta de vuestra casa, vendrá el atardecer a poner encendido el coral que la virgen tiene en la mano. No hay nadie en el comedor. La criada se habrá marchado al baile. Las dos bailarinas negras de cristal verde y blanco bailarán la danza sagrada que temen las moscas, en la ventana y en la puerta. Entones mi recuerdo se sienta en una butaca. Mi recuerdo como *crespell* y vino rojo. Tú te estás riendo y tu hermano suena como un abejorro de oro. Bajo los pórticos blancos suena un acordeón.» (Carta número 1, a Ana María Dalí.)

Para comprender mejor al ser humano y para esclarecer la génesis del proceso creador de su obra, el epistolario de Federico García Lorca es fundamental. No sé si en la serie, que un tanto anárquicamente nos va presentando Alianza Editorial —no se sigue ni un criterio cronológico ni por géneros literarios— y que pretende llegar a un público amplio, este epistolario debe colocarse como si fuese una obra poética o dramática y no más bien como un interesante apéndice al final de la colección. En cualquier caso, la recopilación realizada por Christopher Maurer, aun con sus defectos, es la más completa y cuidada de las publicadas hasta ahora, e indispensable para toda persona interesada en la figura, cada vez mmás grande e intensa, del genial escritor

CARLOS RUIZ SILVA *(Universidad Autónoma de Madrid. Departamento de Literatura).*